

Presencia del hombre teotropeo en la historia

Las grandes verdades constituyen, mejor que todos los otros medios, el lazo social y étnico más fuerte y a veces también el único. Tan luego como son abandonadas, las naciones se entregan a la ruina. Entre esas verdades descuellan la creencia en un Dios personal al que hay que dar cuenta de sus actos, así como la fe en la supervivencia personal después de la muerte.

Ya Platón, que dijo en las «Leyes» (730 c.) que nada, ni en el cielo ni en tierra es más poderoso que la verdad, inculcó por boca de Sócrates en su «Gorgias» que la verdadera sabiduría del Estado debe ocuparse de la salvación de las almas.

No conocemos el fin de la historia; y sólo el que conoce lo futuro se encuentra capacitado para interpretar adecuadamente lo presente.

Leímos en una novela de *Anatole France* un pasaje que merece ser meditado: «¿Qué es la historia? La representación escrita de los acontecimientos pasados. Pero ¿qué es un acontecimiento? ¿Es un hecho cualquiera? No, me diréis: es un hecho notable. Ahora bien ¿en qué forma el historiador juzga que se trata de un hecho notable o no? Juzga arbitrariamente, según su gusto y su capricho, según sus ideas ¡a la manera de un artista!, pues los hechos no se dividen por su propia naturaleza, en hechos históricos y en hechos no históricos. Por otra parte, un hecho es algo extremadamente complejo. ¿Representará el historiador los hechos en su complejidad? No, ello es imposible. Los representará despojados de la mayor parte de las particularidades que los constituyen, por consiguiente truncados, mutilados, diferentes de lo que fueron... *La historia no es una ciencia, es un arte y sólo se acierta en ella por medio de la imaginación.*» (1).

(1) ANATOLE FRANCE: *Le Crime de Sylvestre Bonnard*, II, 4 (las itálicas son nuestras).

Estamos completamente de acuerdo, con tal que no sea el capricho ni el buen gusto del artista el que determine la elección, sino el hombre dotado del don sublime de la inteligencia (nota bene: «inteligencia» se deriva de «intus legere» = ¡leer en el interior!)

Hacemos nuestra la sagaz distinción de *Leopoldo Eulogio Palacios* entre «factible», que corresponda al arte, y «agible» que corresponde a la prudencia (2). Desgraciadamente, en general los políticos no poseen sino el arte de la política y no la prudencia política, que es una virtud. El arte y la ciencia también pueden alojarse en el alma de malhechores y ladrones. Lo que vale a propósito del historiador en general, también vale a fortiori a propósito del escritor de la historia contemporánea: éste puede tener un alma de ladrón. He ahí por qué sucede tantas veces que nos engañamos con los que escriben la historia de nuestros contemporáneos y de los acontecimientos que nos son familiares y a quienes vivimos rodeados de ellos.

Por esa razón, nada sorprendente es que precisamente los hombres teótropos cuando se disponen a escribir sobre la historia dan pruebas de un genio raramente profético.

Hacia la mitad del siglo XIX, cerca de cien años antes de la muerte de Stalin, *Donoso Cortés*, hombre teótropo «par excellence», escribió estas palabras proféticas: «Se puede temer todo de Rusia, tal vez no en cuanto lo inmediato, pero sí en cuanto a un futuro no muy lejano... Sin embargo, no es un país poderoso en Europa sino en la medida en que encuentra frente a sí una Alemania dividida. Si se viera frente a frente con una Confederación germánica unida y fuerte, de inmediato la veríamos vacilante y retraída... Pero vendrá el día en que se encontrarán reunidas las tres condiciones requeridas para una expansión eslava. Estas tres condiciones son: una revolución que, después de haber disgregado a las sociedades occidentales, habrá destruido, vencido a sus ejércitos permanentes; una extensión del socialismo que, despojando a todos los propietarios, habrá herido el patriotismo a su raíz misma; finalmente la reunión de todos los pueblos eslavos en una inmensa confederación. Se puede pronosticar sin vacilación que ese día el despotismo ruso instaurará un poder tiránico en toda Europa. Puede ser, en efecto, que el despotismo, en Rusia, cambie de forma; pero su estructura permanecerá idéntica, un sólo hombre poseerá un poder colosal; en él se expresará el Estado-Moloch, el Estado-Dios o más bien el Estado-lucífero» (3).

(2) LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS: *La Prudencia Política*, 2 ed., Madrid 1946, p. 83 ss.

(3) JULES CHAIX RUY: *Donoso Cortés* (Théologien de l'Histoire et prophète). París (ed. Beauchesne), 1956, p. 167 ss.; y IVO HÖLLHUBER: *Geschich-*

Más de un siglo después —las profecías de Donoso Cortés habiendo sido verificadas casi literalmente— los políticos vencedores de la Segunda Guerra Mundial, seducidos por una manipulación gigantesca de la opinión mundial, se hicieron los sordos humillándose ante el Superpoderoso del Kremlin, salvo quizás el ex-ministro francés *Georges Bonnet* que se manifestó intérprete imparcial de la historia contemporánea, no titubeante para darse cuenta de la falsificación de los hechos históricos después de la invasión de Rusia por Hitler: «La opinión mundial cambió de rumbo fácilmente por los discursos de los jefes de las Naciones Unidas y su propaganda en favor de la U.R.S.S.... Es el principio de una inmensa y trágica impostura de la que los Gobiernos son más o menos conscientes y cómplices, y que falseará gravemente y arruinará su victoria y la esperanza de una larga paz... Stalin ahora es el buen pastor de una 'democracia popular' y esta denominación servirá para encubrirlo todo, para excusarlo todo: las torturas, las confesiones espontáneas, las exacciones, los campos de trabajo, las purgas sangrientas, el terror, las deportaciones, todos los crímenes de una insoportable tiranía... ¡Todo eso es nulo y se tiene por no habido!» (4).

El mismo *Churchill* convino en eso: «La situación es peor que en 1939»; y *Gorges Bonnet* confirmándole: «En el Este, detrás de la cortina de hierro, once naciones han quedado totalmente esclavizadas bajo el yugo soviético... Desde 1945, los aliados habían presenciado impasibles la ruina de sus esfuerzos y de sus sacrificios, abandonando en manos de los comunistas las tres cuartas partes de Europa y China» (ibid. p. 435-436). Potsdam marca el fin de Europa, ¡en favor de la cual hemos entrado en guerra! (cf. ibid. p. 389: «Potsdam marque la fin de l'Europe que nous avions connue et par laquelle nous étions entrés en guerre»).

¡Todo ese fracaso de la Europa de antaño había sido pronosticado por el genial pensador y filósofo teótropo que se llamó Donoso Cortés!

Otra voz profética del siglo pasado a la que deseamos prestar una atención cuidadosa es la de *Vladimir Solowjew*, *hombre igualmente teótropo a más y mejor*. En un comunicado escrito en 1899 nos reportó una *Proclama del Anticristo* que decía: «Pueblos de la tierra ¡las promesas están cumplidas! La paz universal está asegurada por toda la eternidad. Toda tentativa por destruirla se enfrentará inmediatamente a una oposición irresistible; en efecto, a partir de ahora, ya no hay sobre la tierra sino un solo poder central... Este poder me pertenece... El derecho internacional se ha apoderado finalmente de la sanción que le había fal-

te der Philosophie im Spanischen Kulturbereich, Munich/Basilea, ed. E. Reinhardt), 1967, pp. 100-105.

(4) GEORGES BONNET: *Le Quai D'Orsay sous Trois Républiques*, París (Arthème Fayard), 1961, p. 381-382.

tado hasta el presente. En adelante ninguna potencia tendrá la audacia de decir 'guerra', cuando yo haya dicho: 'paz'. Pueblos de la tierra; la paz sea con vosotros!» (5).

Explicando este pasaje *J. Pieper* comenta: «después (pero también desde entonces) que una dominación verdaderamente universal ha sido posible, el Anticristo es una posibilidad de hecho... Una organización mundial podría traer consigo la más mortal y la más invencible de todas las tiranías, la instauración definitiva del reino del Anticristo» (l.c. p. 149). Con todo esto el Anticristo para quien el Estado mundial será un Estado totalitario en el sentido extremo, sería un «bienhechor» y «tan sociable que se hablará de él en todos los periódicos».

Osamos añadir de nuestra cosecha que *los extremos se tocan*: el Estado único, totalitario y simplista del *comunismo del Este* y el Estado único, igualmente totalitario y simplista en la imaginación no menos utópica de la «*francmasonería del Oeste*. Ambos suponen erróneamente que el sentido de la historia sea idéntico a la «civilización pura y simple».

La *Edad Media*, precipitadamente enjuiciada como sombría y tenebrosa, fue exuberante en su unidad espiritual y ofreció a la humanidad lo que hay de más humano: el alma teotropista del hombre.

El mismo *Leibniz*, siendo un gran jurisconsulto, no tuvo empacho en confesar: «existencia entis alicuius sapientissimi seu Dei est Juris fundamentum ultimum» (Meth. 76). La verdadera sociedad de las naciones es la Sociedad de las Naciones con Dios.

Las Grandes Naciones Europeas deberán retornar al camino de los ideales trascendentes; solamente en ellos podrán encontrarse a sí mismas. Se trata de escoger entre el valor y el no-valor, entre el Ser y la Nada, entre el teotropismo y el nihilo-tropismo que tienta a los individuos y a las naciones. De esta elección dependerá la supervivencia o la decadencia de Europa. Una reforma de Europa que hiciera abstracción de los valores trascendentes, terminaría de nuevo en un océano de sangre; con la pérdida de Dios, una tal reforma perdería también a Europa.

En ese sentido el sumo Pontífice *Juan XXIII* (en su alocución durante la ceremonia que celebró el 11 de abril de 1963 en la capilla Sixtina para los miembros del cuerpo diplomático) deseaba «que una nueva energía venga a animar a los gobernantes, que los ayude a creer en la presencia de Dios en la historia y a aceptar su ley, hasta sus consecuencias lógicas, hasta las aplicaciones concretas que ella comporta, y que sean llevados de esta suerte a hacer todo, absolutamente todo, en espíritu de obediencia, a un deber que los sobrepasa, que trasciende la vida de los individuos, y que, en este espíritu, no desatiendan nada de lo

(5) JOSEF PIEPER: *Über das Ende der Zeit*, Munich, 2.^a ed. 1953, p. 161.

que pueda favorecer el desarrollo de la personalidad humana y asegurar aquí abajo una vida en sociedad que tenga por sólidos fundamentos la verdad, la justicia y la libertad».

En esta hora fatal, decisiva, de la historia europea *nos sentimos apretados* por dos elementos gigantescos, a saber, por el ascendiente que aumenta cada vez más y más del Estado-Mamut del Este, incitado por el ánimo prestidigitador del comunismo ateo por una parte; y por la «Expediency-Política» del otro Estado-Mamut de ultramar, incitada por el ánimo mercantil, indiferente frente a los problemas de todo carácter trascendente, por otra parte.

¿Hacia dónde huir? ¿Dónde meterse para estar en seguridad?

No se olviden los imponderables de todos los acontecimientos históricos. En 1656 —el año de la destitución del rey de Polonia, el segundo año después de la abdicación de la reina de Suecia y el séptimo año después de la ejecución del rey de Inglaterra— Pascal estuvo presente al preguntar: «Quien hubiera tenido amistad con el rey de Inglaterra, con el rey de Polonia y con la reina de Suecia ¿habría creído que pudiera faltarle algún retiro o algún asilo en el mundo?» (*Pensées*, art. VI, n.º 35). Quizás nos hallamos en el año 1976 —mutatis mutandis— frente a imponderables análogos de la historia contemporánea que a pesar de todos nuestros esfuerzos en ensimismarnos y empaparnos en todas las posibilidades de un porvenir probable— se asemejan muchísimo a los que inquietaron los corazones de nuestros antepasados, hace ya más de tres siglos. ¿Qué resulta de todo esto?

Hace falta volver a transformar el espíritu mundial tan ampliamente «desteologizado» desde el «siglo de las luces» que ha llegado a establecerse como clima espiritual de las organizaciones internacionales de nuestra época, y nos es necesario organizar, de una manera o de otra, una especie de *Cruzada Teísta* al servicio de un «apostolado de la verdad» histórica, social y trascendente para poder estar en disposición de volver a dar al mundo entero la única base que puede ser capaz de soportar los bamboleos gigantescos que amenazan a la paz mundial por todas partes.

Los hombres teótropos que se manifestaron y continúan manifestándose como otros tantos geniales intérpretes de la historia, nos inculcan a nosotros —pobres titubeantes que somos al borde del abismo de un porvenir tenebroso— no olvidar entre nuestros quehaceres múltiples, la gran ciencia: que estamos en las manos de Dios y que —eso no obstante— somos tan tontos que no aprendemos nunca a entregarnosle completamente.

IVO HÖLLHUBER

Salzburg, 25 de abril de 1976